

TESIS III

La época reformista, de organización de los grandes partidos socialistas y de crisis de la Segunda Internacional

Hasta la Primera Guerra Mundial el imperialismo desplegó, antes de entrar en su crisis definitiva, las máximas posibilidades de desarrollo capitalista en todos los rincones del orbe, principalmente en los países adelantados. Hubo, al igual que en esta postguerra, un fabuloso *boom* económico. Gracias a la colonización capitalista de los países atrasados del mundo, las distintas naciones capitalistas avanzadas se transformaron en potencias imperialistas en rápido crecimiento sin chocar entre sí. Son cincuenta años aproximadamente (de 1870 a 1914) de impetuoso desarrollo capitalista, con cortas interrupciones, crisis cíclicas que se superaban rápidamente. (Aunque tenemos que precisar que en verdad este desarrollo comenzó cuando terminaba el siglo pasado, porque anteriormente había habido una etapa de depresión capitalista.) Todo esto explica que, salvo las guerras coloniales, la ruso-japonesa y los violentos procesos de colonización de los países atrasados, no haya habido mayores sobresaltos en la política internacional. Mientras duró el botín de los países atrasados, no hubo mayores problemas entre las potencias imperialistas.

Los trabajadores no dejaron por un solo día de luchar frontalmente contra el capitalismo y el imperialismo. Gracias a esas heroicas luchas, la clase obrera de los países adelantados logró colosales conquistas democráticas y mínimas —las ocho horas de trabajo y el voto, entre otras— así como el surgimiento de poderosas organizaciones sindicales y políticas.

Es verdad, también, que estas conquistas le fueron arrancadas al imperialismo cuando se enriquecía gracias a la explotación de los países atrasados, lo que le permitía concederlas sin poner en peligro su propia existencia. Es por eso que esta primera etapa de la lucha del proletariado mundial contra el imperialismo adquiere, salvo excepciones, un carácter reformista, no revolucionario, de acumulación cuantitativa de triunfos y conquistas al propio interior del capitalismo, al cual no cuestiona ni se plantea arrebatarle el poder. Nada de esto significa que la burguesía por su propia cuenta hiciera concesiones. Por el contrario, cada avance del proletariado fue producto de una lucha encarnizada contra ella.

El desarrollo aparentemente pacífico y progresivo del capitalismo bajo la primera época del imperialismo muestra su verdadero carácter cuando estalla la Primera Guerra Mundial. Allí quedan al descubierto las agudas contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas dentro de la camisa de fuerza de la propiedad privada capitalista e imperialista por un lado, y las fronteras nacionales por el otro. Y no sólo éstas, sino todas las contradicciones capitalistas (la feroz competencia entre los monopolios, la anarquía de la producción) que salen a la luz del día con la guerra —de la cual, en realidad, son causa—. Todas estas contradicciones aparentemente se habían amortiguado como consecuencia del surgimiento de los monopolios y de la colonización de los países atrasados por el capital financiero; pero el estallido mismo de la guerra demostró que no era así, sino que, por el contrario, estas contradicciones se habían desarrollado y agudizado. Cuando ya no hubo más países atrasados para repartirse, los bandidos imperialistas se enfrentaron en la Primera Guerra Mundial para dirimir quién dominaría el mundo colonial y capitalista. Esta pavorosa conflagración fue la nueva expresión de la crisis capitalista, que hasta ese entonces se había manifestado sólo en forma de crisis cíclicas. La competencia capitalista dejó de expresarse como quiebra de algunas empresas para hacerlo a través de la destrucción de países enteros. La crisis del orden capitalista mundial fue pagada por el proletariado con su propio holocausto. Los cincuenta años de triunfos, de acumulación de conquistas, de la noche a la mañana se transformaron en la primera grave derrota histórica de la clase obrera. Porque la Primera Guerra Mundial fue eso: una terrible derrota histórica de la clase obrera mundial.

Esta derrota se debió a que la Segunda Internacional, con sus partidos nacionales, se habían pasado totalmente al lado del orden burgués. Las direcciones de los partidos socialistas lograron convencer a la clase obrera de sus países de que corriera a las trincheras para hacerse matar en favor de sus propios explotadores nacionales. La acumulación cuantitativa de conquistas había transformado poco a poco a las direcciones sindicales y políticas de la clase

obrero en poderosísimas instituciones toleradas por el régimen imperialista, lo que transformó a esas direcciones en reformistas y burocráticas, en agentes del capitalismo nacional en las filas obreras. Al mismo tiempo, la existencia del imperialismo con sus sobreganancias había permitido estratificar a la clase obrera y crear sectores de obreros privilegiados, la aristocracia obrera, que apoyaba a las direcciones del movimiento obrero y, a través de ellas, a su propia burguesía nacional. Como consecuencia de esto, nunca la Segunda Internacional había sido una verdadera internacional, sino una federación de partidos. Este carácter federativo de la Segunda Internacional iba directamente en contra del carácter imperialista de la época. La Segunda Internacional jamás fue un partido mundial y mucho menos un enemigo mortal del imperialismo. La inexistencia de una internacional revolucionaria, antiimperialista y anticapitalista consecuente, y de partidos nacionales también revolucionarios, es lo que permitió al capitalismo llevar a un primer baño de sangre a los trabajadores y a la humanidad. Pero los cincuenta años de ascenso, luchas y triunfos de la clase obrera no sólo tuvieron esos catastróficos resultados para el movimiento obrero; también generaron su opuesto: en lucha contra el reformismo de las direcciones oficiales de los partidos socialistas y de los sindicatos, en lucha contra la burocracia reformista, se había ido formando a escala internacional una izquierda revolucionaria antirreformista, antiburocrática, marxista, sindicalista y anarquista. Esta izquierda revolucionaria adquirió características regionales o nacionales pero jamás se elevó, ni había condiciones para ello, a una tendencia organizada internacionalmente. Pero de cualquier forma fue parte fundamental y la otra cara del ascenso sostenido del proletariado. La expresión más alta de esta corriente de izquierda revolucionaria del movimiento obrero fue el Partido Bolchevique ruso. Fue el resultado nacional de esa izquierda revolucionaria antiburocrática y antirreformista internacional, pero al mismo tiempo cualitativamente diferente. Fue el único partido marxista revolucionario con influencia de masas que surgió en esos cincuenta años de lucha ininterrumpida del movimiento obrero y, por otra parte, fue un nuevo tipo de partido marxista, el único organizado para dirigir la revolución. En oposición al bolchevismo, la izquierda marxista revolucionaria de la Segunda Internacional —en general también la izquierda revolucionaria no marxista— adquirió un carácter propagandístico, sindicalista o intelectual desorganizado, que no logró ni se propuso construir partidos revolucionarios altamente centralizados y tajantemente separados del ala burocrática reformista. Por otra parte, esta corriente era en general espontaneísta; creía que las masas con sus acciones revolucionarias iban a solucionar por su propia cuenta el problema de la dirección revolucionaria. El Partido Bolchevique es un caso único y su existencia y desarrollo obedecieron a una combinación excepcional de circunstancias. La primera tuvo que ver con la propia situación de Rusia: bajo el régimen zarista no hubo márgenes para una política reformista ya que el régimen autocrático no los daba. Era una etapa revolucionaria, no reformista, ya que lo que estaba planteado con un carácter perentorio era hacer la revolución contra el zar. Esta necesidad imperiosa caía en manos de un joven proletariado industrial, altamente concentrado, parte del proletariado europeo desde el punto de vista político el ideológico. Por otra parte, la dirección política de ese proletariado era parte también de las corrientes existentes dentro del proletariado europeo; es así como hubo tendencias anarquistas y marxistas y, dentro de estas últimas, revisionistas y marxistas primero, oportunistas y revolucionarias después (los mencheviques y los bolcheviques). La combinación de todos estos factores llevó a la construcción por los bolcheviques de un partido independiente de los reformistas mencheviques y con características únicas en el espectro marxista y revolucionario: altamente centralizado, con revolucionarios profesionales, única forma de responder a la urgente necesidad histórica de dirigir la revolución obrera contra el zar. Rusia era el país de Europa donde estaba planteado con carácter inmediato y urgente el problema del poder, de voltear al gobierno existente e imponer otro gobierno, es decir de hacer una revolución democrática. Esta combinación de circunstancias hace que surja un tipo de partido marxista nuevo que se construye para hacer la revolución y para tomar el poder.